

## UNA ETAPA DE LA COEXISTENCIA

Desde los primeros meses del año circulan en los centros políticos y diplomáticos rumores insistentes acerca de una posible entrevista entre Johnson y Kosiguin. Alcanzaron su mayor insistencia durante el mes de mayo, cuando se iniciaron en París las pre-negociaciones de paz en el Vietnam, puesto que la U. R. S. S. presentaba, como principal obstáculo, la agresión americana en el Vietnam y los bombardeos en el norte del país agredido. Disminuyeron a raíz de la acción soviética en Checoslovaquia. Surgen ahora con bastante fuerza. Se dan fechas posibles —entre fines de este mes y principios de enero— e incluso se señala como muy probable la ciudad de Ginebra, aunque no se excluye un viaje directo de Johnson a Moscú. Las circunstancias del Presidente Johnson han variado mucho en este tiempo. Lo que podía haber hecho como apoyo a su partido durante la campaña de las elecciones presidenciales, lo deberá hacer ahora como emisario del Presidente electo, Nixon. El secretario de Estado, Dean Rusk, para quien esta entrevista es «teóricamente posible» —lo cual no supone ni afirmación ni negación—, aclara que si la entrevista tuviera lugar sería con la aprobación de Nixon. Esto daría mayor solidez al encuentro, puesto que no sería un «acto aislado» ni la simple despedida o testamento de un Presidente que se va, sino que comprometería la nueva administración americana.

El tema oficial de la entrevista sería el de la limitación de armamentos, especialmente el de los A. B. M., o cohetes antibalísticos. Es un tema cuidadosamente seleccionado, puesto que afecta exclusivamente a los dos países comprometidos, en su campo de defensa y de presupuestos militares, y no debe levantar la suspicacia de terceros acerca de un «arreglo» del mundo que les pudiera afectar. Es obvio decir que si Johnson y Kosiguin se entrevistan no se limitarán a este tema, sino que deberán extenderse a todo el expediente de la coexistencia pacífica. Tampoco importa excesivamente el temario de la entrevista. No hay casos hoy que no puedan resolverse o enfocarse por los múltiples canales, ordinarios y extraordinarios, que unen los dos grandes países. Lo importante es la entrevista en sí. Aunque hablan de golf o de pesca. Lo importante es que, por encima del mapa descompuesto del mundo de hoy, los Estados Unidos y la U. R. S. S. exhiban en el nivel más alto su deseo de entenderse.

Si la elección de Kissinger como asesor especial de defensa del Presidente Nixon significa algo, y si el propio Kissinger puede mantener las tesis que ha expresado en sus libros y en su cátedra de Harvard, parece ser que los Estados Unidos van a admitir un mundo «pluralista» o «pluricentrista», que van a abandonar su «sentido de misión» que han exhibido durante los años de la guerra fría y que les ha llevado a sucesivas catástrofes políticas, militares y morales. Kissinger declara que «la era de las superpotencias ha terminado», y que los Estados Unidos deben iniciar una política de consideración de «intereses nacionales separados». Apurada esta tesis, llegaría al reconocimiento de la tesis soviética de que la comunidad de países socialistas no puede ser influida desde el exterior. La política de Nixon sería la de mantener un nivel de armamento entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos que continuara haciendo imposible la guerra y dejar una mayor latitud a los países de la alianza atlántica y otros aliados para que resolviesen sus propios problemas. Un nuevo acuerdo con la U. R. S. S. supondría la fijación de un «status» en Asia y una cierta suspensión de hostilidades en el resto del mundo.

La perspectiva asiática puede alterarse si China, como parece ahora, da un giro a su política exterior y abre una puerta a la coexistencia, que ha negado durante muchos años y que ahora parece reconocer. El juego de una coexistencia de tres será

curioso de observar. Va a requerir montañas de diplomacia por las tres partes.

Pero estamos en la zona europea, y en una zona europea cuyas circunstancias se aproximan mucho al desastre, y debe interesarnos especialmente lo que vaya a pasar aquí. Parece que la historia de Europa occidental se ha fijado siempre en un balance entre Francia y Alemania. En este momento, Alemania Federal está en la parte superior. Es el «número 1 de Europa», como decía un reciente titular del «Bildzeitung»: hacer crecer su ejército en el momento en que Francia renuncia a sus pruebas nucleares, exhibe el poder de su moneda cuando el franco pide auxilio para no hundirse. Quiere decir esto que si los Estados Unidos regresasen a un aislacionismo, de acuerdo con la U. R. S. S., y Europa occidental debiera desenvolverse por sí sola, como es su antiguo sueño dorado, deberá enfrentarse con la realidad de que Alemania Federal es el país más fuerte, militar, económica e industrialmente, y que tendrá que girar en su órbita.

Pero el mal de Europa no es precisamente el de las viejas luchas hegemónicas, sino el de su inquietud social y moral. Las huelgas —con sangre— de Italia han tomado el relevo de la revolución de Francia, y la misma Francia está a punto de incendiarse de nuevo. Las medidas de austeridad favorecen a las clases poderosas, perjudican a las no privilegiadas, y el rechazo de la Asamblea Nacional de perseguir a quienes iniciaron la fuga de capitales, mientras se sigue ejerciendo una represión lenta y apenas disimulada contra quienes participaron en las huelgas de mayo, añade factores morales al malestar económico. Francia da la sensación de estar viviendo el final de una época, el final de la época De Gaulle. La propia Alemania Federal no está exenta del riesgo de movimientos de agitación que puedan acabar con su situación nacional privilegiada. Se había dado por enterrada con demasiada facilidad la lucha de clases, Raymond Aron se apresuró demasiado a decretar al final de las ideologías, Marcuse sufriría un considerable error de óptica al considerar que los trabajadores habían «entrado en el sistema». Aún, según parece, va a insistir en ello en su libro inmediato, en el que va a sostener que los Estados Unidos están en período prerrevolucionario, pero que este período puede durar cincuenta años más como consecuencia del inmovilismo obrero.

Cuando Kissinger explica que Estados Unidos y la U. R. S. S. se han hecho demasiado daño mutuamente, habla de su posición dominante en el mundo. Podría hablar también de sus ideologías respectivas. Se han vaciado, se han saqueado el uno al otro desde el punto de vista ideológico. Se han obligado a no evolucionar mentalmente, a fijarse en dogmas. Estas posiciones de la U. R. S. S. y de los Estados Unidos son las que pueden haber inducido a Raymond Aron a señalar el «final de las ideologías», confundiendo problemas nacionales con problemas universales y mentales.

La revisión de los problemas mundiales que puedan hacer los Estados Unidos y la U. R. S. S. en su «teóricamente posible» entrevista no podrá alcanzar, seguramente, el fondo del problema. Podrá ser una introducción a una nueva época, si se aceptan realmente los pluricentristismos de cada sector, si se respetan las necesidades de cada grupo, de cada etnia, de llegar a una solución de sus propios problemas sin que esta solución les venga dictada desde el exterior o desde posiciones de fuerza irreversible. Da la sensación de que aún se está lejos de esa madurez, aunque las lecciones que han sufrido Estados Unidos y las que comienza a ver la Unión Soviética podrían ser útiles para una apertura de los módulos de coexistencia que fueran más allá de los intereses imperiales y se fijaran en los intereses humanos que, cuanto más se abandonan, más reaparecen por su propia fuerza.